

MANIFIESTO

Señor, a veces me siento con el ánimo abatido
de enterrar en el sepulcro proyectos, ilusiones y promesas.

La piedra es demasiado grande para nuestras fuerzas,
el orden internacional demasiado injusto,
la violencia demasiado arraigada,
la presencia creyente irrelevante,
la Iglesia demasiado temerosa...

Siento la tentación de “prolongar el sábado”,
refugiarme en una espiritualidad evadida,
permanecer en una parálisis inerte.

O tomar caminos de vuelta a Emaús
que alejan de los sepulcros y de los crucificados
y tratan de escapar no sólo de su dolor
sino también de su memoria.

Pero hay en la mañana del “primer día de la semana”
un camino alternativo: el de quienes, entonces y ahora,
echan a andar “todavía a oscuras”
y se acercan a los lugares de muerte
para intentar arrebatarse a la muerte algo de su victoria.
Como intentaban borrar algo de su rastro aquellas mujeres
a fuerza de perfumes.

Saben que no pueden mover la piedra pero eso no les detiene.
Son conscientes de la fragilidad y la desproporción
de lo que llevan entre las manos,
pero esa lucidez no apaga el incendio de su compasión ni hace
su amor menos obstinado.

(Compartimos nuestra oración)

Los evangelios de Pascua “están de su parte”: el Viviente sale siempre al encuentro de los que le buscan, los inunda con su alegría, los envía a consolar a su pueblo, los invita a una nueva relación de hermanos y de hijos. Él va siempre delante de nosotros, palabra de mujeres. Galilea es la encrucijada de todos nuestros caminos. (Dolores Alexandre)



MUJERES DE RESURRECCIÓN

Nos reunimos ante Dios, Padre-Madre, dador de Vida, ante Cristo Resucitado, deseoso de un encuentro profundo y ante el Espíritu transformador que nos envía a ser Testigos de la Resurrección.

Mujeres que recuerdan y miran

El corazón hace referencia a la totalidad de la persona, a su centro original e íntimo, a lo que hay en ella de más interior y más total, a aquella dimensión profunda que orienta el deseo y la búsqueda: “Yo dormía pero mi corazón estaba en vela (...).” (*Cant* 5,2; 3,3). Es ese apasionamiento el que se desborda en la gama de emociones que reflejan los textos:

“Buscáis a Jesús Nazareno, el crucificado...” (*Mc* 16,6).
“...llenas de *miedo* y gozo” (*Mt* 28,8).
“Estaban *desconcertadas* (...) y *recordaron* sus palabras...” (*Lc* 24,4.8).
“María estaba frente al sepulcro, fuera, *llorando* (...) Le dice Jesús: - Mujer, ¿por qué *lloras*?, ¿a quién *buscas*?(...) Le dice Jesús: - ¡María! Ella se vuelve y le dice en hebreo: ¡*Rabbuni!*” (*Jn* 20.11.15-16).

Los ojos expresan hacia fuera todo ese mundo interior y lo conectan con la realidad; por eso la mirada de alguien es reveladora de lo que hay en ella de más profundo y auténtico.

“¿Habéis visto al amor de mi alma?” (*Cant 3,2*)
“María Magdalena y María de José *observaban* dónde lo colocaba” (*Mc 15,42-47*).
“Alzaron la vista y *observaron* que estaba corrida la piedra” (*Mc 16,4*).
“...se vuelve y *ve* a Jesús de pie” (*Jn 20,14*).
“...quedaron espantadas, *mirando al suelo*” (*Lc 24,5*).
“...irá por delante a Galilea; allí lo *veréis*” (*Mt 28,7*).
“Llega María anunciando a los discípulos: *He visto al Señor*” (*Jn 20,18*).

A través de sus sentimientos y de su mirada descubrimos lo que “habita” la interioridad profunda de estas mujeres: aquello que buscan, recuerdan y miran está absolutamente polarizado en Jesús.

Mujeres que escuchan y anuncian

La dimensión expresiva reside, ante todo, en la capacidad de escucha simbolizada por los oídos. “Oigo a mi amado que me llama...” (*Cant 5,2*). Su otra vertiente, el decir, hablar, anunciar, contar... se atribuye a la boca, la lengua o los labios y la comunicación humana surge de la necesidad de revelar la propia intimidad, de compartir con otros lo que se piensa, se siente, se experimenta.

¿Qué oyeron las mujeres en aquella mañana del primer día de la semana? ¿Qué voces, qué palabras, qué llamadas, qué imperativos...?

“¡Alegraos! No temáis; *id a anunciar* ...” (*Mt 28,10*).
“Recordad lo que os dijo...” (*Lc 24,6*).
“*Ve a decir* a mis hermanos...” (*Jn 20,15*)

¿Cuál fue su respuesta?

“...corrieron a *anunciar* a los discípulos” (*Mt 28,8*).
“Llega María *anunciando* a los discípulos: He visto al Señor y *me ha dicho esto*” (*Jn20,18*).

María Magdalena “ve” a Jesús pero su mirada resulta insuficiente y sólo al escuchar su voz lo reconoce. Y es la fuerza de esa palabra acogida en la fe la que las empuja a contar, a comunicar, a hacer llegar a otros lo escuchado.

Mujeres que corren llevando perfumes

El hacer y el actuar humanos se expresan a través de las manos y también de los pies que definen comportamientos, costumbres, “caminos”.

“Mis manos destilan perfume de mirra” (*Cant 5,5*), podrían decir lo mismo que la novia del Cantar, las mujeres que se dirigían de madrugada al sepulcro. Pero, cuando en vez de un cadáver encuentran al Viviente, sus manos sueltan los perfumes para abrazar sus pies.

“...compraron *perfumes* para ir a ungirlo” (*Mc 16,1*).
“...prepararon *aromas y ungüentos*(...) fueron al sepulcro llevando los *perfumes* preparados” (*Lc 24,1*).
“Ellas se acercaron, *se abrazaron a sus pies y se postraron* ante él” (*Mt 28,9*).

Como María al encuentro de Isabel, como los pastores corriendo al pesebre, como Zaqueo bajando del árbol, como el padre al encuentro del hijo perdido, como los de Emaús volviendo a Jerusalén: cuando el corazón “está en ascuas”, el ritmo vital se contagia de ese fuego y hace los pies ágiles y fácil la carrera.

¿Cómo buscar nosotros al Resucitado con Magdalena, María, Salomé, las otras...?

¿Cómo hacer de su historia “nuestra historia” y reconocer en ellas su capacidad de afrontar los acontecimientos con sabiduría y audacia?.